

EL PROFESOR CRISANTO SAENZ DE LA CALZADA

por el

Dr. MIGUEL S. DE PIPAÓN

El 10 de septiembre falleció en León el Prof. Crisanto Sáenz de la Calzada, a los setenta y seis años. En tan doloroso trance enviamos a su familia—y muy especialmente a sus hijos y colegas nuestros los doctores Isaac, Luis, Fernando y Evangelina Santamaría—la expresión de sincera condolencia.

616.314:92

La biografía del Prof. Crisanto Sáenz de la Calzada está llena de humanismo y caridad.

Nació el Prof. Crisanto Sáenz de la Calzada en Lagunilla (Logroño), el 25 de octubre de 1875, en el seno de una familia cuyo sentimiento religioso llevó a Crisanto, casi niño, a ingresar en el Seminario Conciliar de Logroño, en donde pronto se distinguió no sólo por su clara inteligencia, sino por su bondad también, caracteres ambos que determinaron a lo largo de su vida su marcada personalidad.

Orientada más tarde su vocación, se trasladó a Zaragoza en septiembre de 1897, en donde cursó los estudios de Veterinaria. Estas actividades las simultaneó con el ejercicio del periodismo, formando parte de la redacción de "El Noticiero". Fué entonces cuando ocupó la presidencia de las Juntas de estudiantes de la Escuela de Veterinaria aragonesa, en donde obtuvo el título universitario correspondiente.

Con ocasión de una apertura de curso tuvo ocasión Crisanto de conocer personalmente al insigne don Santiago Ramón y Cajal, el cual auguró un brillante porvenir a nuestro biografiado, distinguiéndole desde entonces con su personal amistad.

Apenas terminados sus estudios veterinarios, el joven Crisanto ganó por oposición la plaza del Matadero de Zaragoza (1904), la cual desempeñaba cuando contrajo nupcias con doña Pilar Gorostiza Irigoyen, natural de Labraza (Alava), de la que tuvo siete hijos—todos los cuales le sobreviven—, cinco de ellos varones.

Estimulado por el estudio y el acicate de su laboriosidad ganaba en 1907 la cátedra de Fisiología de la Escuela de Veterinaria de la Universidad de Santiago de Compostela, cátedra que obtuvo en pugna y contra más poderosos opositores.

Trasladado su nombramiento a la Escuela de Veterinaria de León (1909), pronto se sintió atraído por la ciencia y práctica odontológica, para conseguir en 1911 el título de odontólogo, comenzando así en la capital leonesa su ejercicio profesional, en el que había de conseguir muy pronto, por su competencia y afabilidad de carácter, una bien notoria reputación.

Una curiosa anécdota refleja la liberalidad de su espíritu e independencia de su carácter, tan lejos de turbios procederes, y es la que se refiere al examen que sufrió en la asignatura de Fisiología, del licenciamiento de Medicina, para la obtención de su título de odontólogo, cuando a la sazón era catedrático de la misma asignatura en la Escuela de Veterinaria de Santiago. Pues bien: habiéndose sometido a este examen sin su previa presentación a sus examinandos, como dado su carácter de catedrático hubiera podido hacer con toda corrección—lo que el bueno de don Crisanto hubiera casi interpretado como una coacción—, discrepó con el tribunal en alguno de los puntos motivo de la prueba, y a su refutación debió añadir tantos y tantos argumentos que el profesor auxiliar que le examinaba dió la cuestión por resuelta en aquel trance, calificándole más tarde con la modesta nota de “aprobado”. Cuando el profesor que así le acababa de calificar se hubo enterado del hecho de que aquel joven examinando era catedrático de la Escuela de Veterinaria, llamó a don Crisanto y noblemente le ofreció sus mayores disculpas, dándole toda clase de satisfacciones. Pero es el caso que el bueno de don Crisanto jamás desorbitó el incidente sacándolo de quicio.

Como catedrático de la Escuela de Veterinaria se distinguió por su sencilla expresión, lo que le hacía tan asequible a sus alumnos, que le admiraban tanto por esta facilidad como por su bien probada bondad. No era riguroso en absoluto con sus alumnos, con cuya rigurosidad, decía, a quien se castigaba era a los padres; bien es cierto que el reducido contingente de la Escuela de Veterinaria hacía posible su influencia personal y directa sobre cada uno, obligándoles a lo largo del curso a estudiar el mínimo para el suficiente aprobado. Pero es que si excepcionalmente esto no se daba y el Prof. Crisanto

Sáenz de la Calzada advertía el azoramiento del muchacho en el momento trascendente del examen, llegaba a preguntarle llanamente: "Si en el parto no es chico, ¿qué será?"

Queda, pues, señalado que don Crisanto fué un gran pedagogo. Lo que sabía, bien sólidamente asentado en el amplio fundamento científico de su época, era capaz de enseñarlo a sus alumnos expresándose de una manera harto comprensible.

Disfrutaba viendo disfrutar a los demás: el día de su santo celebraba con sus alumnos, en su propia casa, la fiesta onomástica, rodeando a una bien repleta mesa. Allí les abandonaba deliberadamente a sus espontáneas reacciones; pero, curioso, les observaba actuando libremente, sin la coacción de su presencia y humanamente gozaba con ello.

Como odontólogo, don Crisanto fué de una laboriosidad sin límites. Disponía en su casa—un hotelito de nueva planta en la antigua Sierra Pambley, 4, de León—de tres clínicas odontológicas, en las que trabajaba sin reposo y las más de las veces de manera simultánea. Y así, de la mañana a la noche y de enero a diciembre. Profesionalmente era conocido y estimado en toda la región.

Este trabajo abrumador no le impidió, a veces, aportar su contribución a la ciencia odontológica, la mayoría de cuyos trabajos vieron la luz en la revista "La Odontología", que fundara el Prof. Florestán Aguilar, y entre los que recordamos, tomados más bien al azar, los siguientes:

"El "606". Su porvenir en terapéutica dentaria" (abril 1911).

"Empleo del cemento sintético de De-Trey" (julio 1911).

"Radiografía, radioscopia y endodiascopia" (agosto 1911).

"Tesis para la reválida de odontólogo", etc.

Esto aparte de su producción dentro de la Fisiología, que se encuentra preferentemente escrita en las revistas de Veterinaria.

El Prof. Crisanto Sáenz de la Calzada ostentó la dirección de la Escuela de Veterinaria de León, siendo nombrado director general de Ganadería (1934) y presidiendo más tarde la Diputación Provincial de León.

Retirado prácticamente del ejercicio profesional desde hacía pocos años, fuimos viendo y sabiendo de él cómo se consumía su organismo, suave y progresivamente, y, previsto ya su deceso, en las largas horas de su retiro era visitado por sus buenos amigos, entre

los cuales se encontraba el R. P. T. Sánchez, de San Marcelo, quien le administró los últimos sacramentos, que levantaron su espíritu para el camino que pronto había de seguir a su eterna morada.

En León, donde residió casi cincuenta años, el Prof. D. Crisanto Sáenz de la Calzada era bien querido de todos, sin distinción de clases ni credos, en donde todo el mundo le sabía como padre de los necesitados y siendo por su esplendidez consuelo de los pobres. Nosotros, que tanto le apreciamos en vida por su humanidad y nobleza de espíritu, no le olvidaremos jamás.

El mejoramiento del cuerpo y cerebro humanos no consiste en atiborrarse de vitaminas, sino en comer alimentos ricos en ellas, tales como el hígado y otras carnes y cereales integrales. Antes de hacer cambios fundamentales en su régimen alimenticio, cada uno debe pedir el consejo de su médico.

Los biólogos explican que la vitamina B₁ representa el siguiente papel en el aumento de la capacidad cerebral: la tiamina no se emplea como combustible del organismo, sino que ayuda a la desintegración de los alimentos, de forma que el cerebro y otras partes del cuerpo puedan utilizarlos para obtener energía. Así, la tiamina sirve como fuente indirecta, pero esencial, de energía para el cerebro. (L. Lippmann.)